

107

MEMORIA DE LA VERACRUZ (CASI UNA ELEGIA)

Et in Arcadia Ego

En el museo del Louvre de París puede contemplarse la segunda versión de una maravillosa obra de Nicolás Poussin, "Los pastores de la Arcadia". Pocos cuadros como éste han dado que fabular a los filósofos. Inspirado en otro del italiano Guercino, la historia es sencilla: unos pastores descubren una calavera (en la segunda versión de Poussin, ésta desaparece) sobre una inscripción latina: "Et in Arcadia Ego". "Y yo también estoy aquí, existo, incluso en la Arcadia". Es la muerte quien habla para declarar que no está ausente ni en la Arcadia.

Arcadia, etimológicamente "país de los osos", es una región de Grecia situada en el centro del Peloponeso. En poesía, se llama "Arcadia" al país imaginario de la felicidad pastoril, a la región de la perdida y añorada edad de oro. Poussin, melancólicamente, nos recuerda que la muerte habita incluso en el paraíso perdido. Pero aún así, Arcadia ha sido la denominación literaria del país de la felicidad.

Elegía (del griego "élegos", llanto) es una composición poética del género lírico, en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro caso o acontecimiento privado o público digno de ser llorado.

Aquí voy a evocar una parte de mi Arcadia particular, una Arcadia pobre, feliz y campesina, y hablo de "casi una elegía" porque no ha muerto del todo lo que aún permanece en el recuerdo. Este es el vasto poder de la memoria.

Ignoro si el barrio de la Veracruz —maravilloso ya desde su nombre— fue el núcleo urbano primitivo de San Martín, pero a mí siempre me ha parecido que en él se condensa la quintaesencia del pueblo, y así ha quedado en mi memoria.

En ocasiones, amigos me preguntan por qué vengo menos a San Martín, con un apenas velado tono de amable reproche. No es atribuible ni a olvido ni desafecto. Al margen de ocupaciones y deberes, tal vez venga menos para no perder del todo el viejo pueblo, soñado y recordado, pero no perdido, de mi niñez. Al fin y al cabo, ¿quién ha dicho que el pasado sea menos real que el presente, o que las ensoñaciones no tengan también su modesto lugar en el conjunto de la realidad?

En los lejanos días del idílico verano infantil, el viejo barrio alcanzaba su plenitud esencial en tres momentos: al amanecer, en la claridad hiriente y profunda de la hora de la siesta y después de huir la última luz del día.

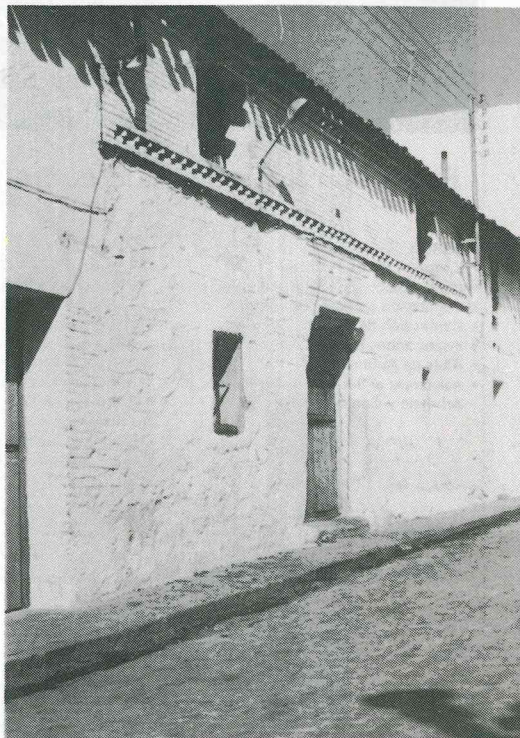
Con las primeras e inciertas claridades, una mezcla de voces, no siempre amables, ladridos y rebuznos me despertaba del largo sueño infantil y anunciaba el nuevo día, que era un despertar a la vida, un descubrimiento de lo próximo y a la vez desconocido. Los hombres, repitiendo un rito ancestral, salían en sus caballerías para trabajar en el huerto o en la viña. Yo imaginaba que, más allá de los confines de mi pequeño mundo, que apenas llegaba más allá de las blancas tapias del cementerio y de la ermita del Rosario, les esperaban junto a trabajos y fatigas, no sé qué extrañas y misteriosas aventuras. Y la mañana era un prodigio de juegos, sueños y amistades, una apoteosis de bicis, tirachinas y balones, una pequeña Arcadia infantil.

En la callada hora de la siesta, cuando el calor hería las calles y las almas, la Veracruz, agobiada, enmudecía. En el silencio de grillos y cigarras, se imponía un mudo paréntesis al día. Sólo un ladrido lejano y, si acaso, el lento tañer de una campana perturbaban la pesada monotonía. La Veracruz parecía entonces el último barrio de un misterioso pueblo abandonado.

Al anochecer, cuando se iba la última y rojiza claridad del día, el espíritu del barrio triunfaba. La noche suprime contornos y perfiles y deja la realidad desnuda. No creo que pueda decir que conoce San Martín quien no haya sentido la presencia callada de la noche en la plaza de la Veracruz. A lo lejos, sonaba, lento y monótono, el desgranarse de viejas canciones infantiles. Era la hora de los cuentos y de las ingenuas confidencias, cuando el mundo cabía dentro de los límites de la calle del Laurel.

¡Claros tardes del verano de San Martín! El hombre siempre vuelve al escenario de la edad de oro de la infancia.

No sé. Quizá por todo esto, cuando los días se acortaban y se poblaban de fiestas, novenas y vendimias, presagiando otoños y amarillos, y se acercaba la hora del regreso a Madrid, sentía, junto a renovadas promesas e ilusiones, una vaga sensación de melancolía. Era la Veracruz...



Ignacio SANCHEZ CAMARA